

# MOTIVOS DE LA CIUDAD

## POR MAESE BUSCON



Miss Kattle en esta su casa

La activa corresponsal (¿corresponsal, o corresponsala, señor académico Fernández Flórez?) del *Presbyterian Bulletin*, apenas regresó de Toledo—donde descubrió que el mazapán es de origen escocés—, vino a verme a la Redacción. Pocas entrevistas más emocionantes en mi vida. El personaje en busca del autor. ¿Miss Kattle sube las escaleras, come mazapán y empuña el impertinente? Luego existe.

Con un desparpajo ya completamente latino, sentóse frente a mí, sacó de los bolsillos de la embreada hopalandá su metálico paquete de "Gold Flake Cigarettes", y a la primera chupada, el denso olor insecticida del tabaco de Virginia expandióse por el ambiente. A continuación, y después de palmotearme el hombro, llamándome *my dear and humoristic friend*, echó un poco de aliento en las antiparras, frotólas con el hombruno moquero y se puso a hilvanar algunas consideraciones sobre España. Empezó por lo que tenía más a mano, que era el cigarrillo. Al verme liar mi setentero indecente, comenzó su divagación con amplias interpolaciones estadísticas, como conviene a los periodistas sajones:

—España no podrá modernizarse mientras no pierda muchos de sus viejos pequeños hábitos. Por ejemplo: éste de liar los cigarrillos. Tal costumbre sólo tiene actualmente vigencia en algunas factorías inglesas de Birmania, entre los indios paraguayos y en ciertas colonias penales de la Martinica. Sobre este asunto yo envié al *Presbyterian Bulletin* unas cuantas correspondencias, analizando sus aspectos éticos, estéticos y económicos. En el orden moral el cigarrillo pierde toda su eficacia como calmante del brusco genio y abortivo de las malas palabras en cuanto se le somete a la escena intermedia, lenta y sucia, del liado. En lo estético, yo sugería en dichas crónicas la posibilidad de que muchas de las escenas dramáticas de los films americanos perdieran su sobria y masculina elegancia en cuanto el galán, en vez de sacar, con gesto limpio y breve, el cigarro de su pitillera, de la que ya sale casi encendido, tuviese que estar manoseando el tabaco, trasegándolo de la primitiva envoltura a la mano para sacarle el pulverizado estiércol y los cuantiosos pedazos de madera, y luego buscar por todas las faltriqueras—dieciséis, en total, contando las del abrigo—, el esquivo librito, para atraparlo, al fin, bien acurrucado, en la última, y terminar sacudiéndose las partículas caídas en el pantalón o sobre el regazo de la amada, con unos breves escobazos metacarpianos...

PERO con ser todo esto muy importante, lo es mucho más si la cuestión se considera desde el punto de vista económico. A este respecto, yo me he permitido enviar a la Dirección del *Presbyterian Bulletin* los siguientes cálculos, que los encuentro ingeniosos, además de perfectamente verosímiles. Son muy sencillos y de fácil comprobación. Suponiendo que en España fumen cinco millones de personas, a una razón promedial de 10 cigarrillos diarios, tendremos

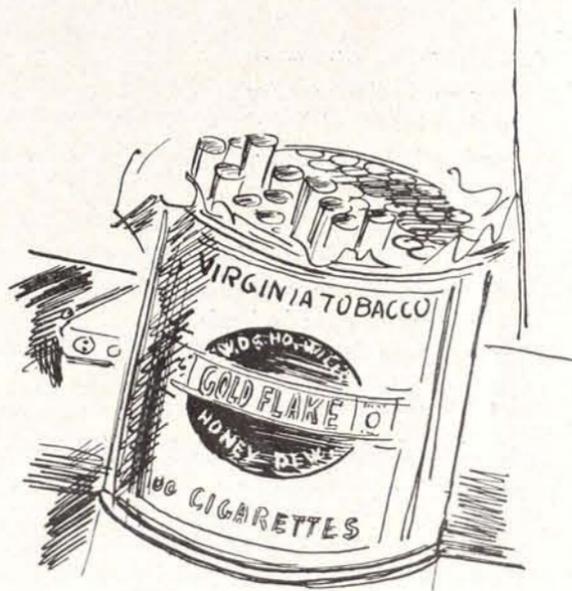
50 millones de cigarrillos. Calculando que se tarde en liar cada uno medio minuto, obtendremos de inmediato la fantástica suma de 25 millones de minutos, lo que supone, reducidos a jornadas de ocho horas, nada menos que 52.000 y pico de jornadas. Calculadas éstas a razón de unas siete pesetas, nos dan cerca de 365.000 pesetas diarias, lo que hace al año unos 200 millones de pesetas, gastadas en beneficio de nadie, ni siquiera de la Tabacalera. Y si a esto agregamos...

—¡ Por favor, miss Kattle!...

—Bien, pues, sin agregar más. ¿Cree usted que hay algún pueblo de cuantos forman el complejo de nuestro mundo económico que pueda permitirse el lujo de gastar 200 millones de pesetas anuales en frotar los pulgares contra los índices, realizando una tarea que, además de antiestética, inmoral y antieconómica, no aprovecha a nadie ni causa el placer de nadie? Pues todavía contiene mi estadística otras cifras igualmente reveladoras, halladas calculando la cantidad de dinero que se gasta reponiendo las prendas de ropa de vestir, sábanas, mantas, alfombras, pisos, muebles, etc., que se estropean bajo la traicionera lluvia de fuego de la tristemente célebre "picadura al cuadrado" de los pitillos tabacaleros. Y en el aspecto estético, no le hablé a usted tampoco de la forma repugnantísima que adpta este género de colilla en cuanto se la moja un poco y del aspecto jubilado y abatido que adquiere el más brillante de los jóvenes hidalgos españoles en cuanto adereza la punta de sus gráciles dedos con semejante porquería amarillenta...

TODAVÍA dijo más cosas miss Kattle en su charla, que duró hasta el atardecer, mientras envolvía su hirsuta cabeza parlante en los humosos nimbos insecticidas de los "Gold Flake", envueltos en rútilo estuche de lata. (¡ Caray con el párrafo!)

Yo sentía en toda su viveza ese matiz de mi complejo de inferioridad español, consistente en fumar cigarrillos vigentes en las factorías y presidios forestales y tropicales, mientras contemplaba en toda su grandeza, primor y perfección al Imperio Británico, minúscula y eficazmente simbolizado en los cigarrillos de miss Kattle, finos, perfectos, cortados al rape, bien estuchados y un poco insecticidas. Naturalmente, cuando mi ilustre colega se fué, yo quedé pensando en qué podríamos emplear los españoles los 25 millones de minutos de marras que no fuese en liar los setenteros indecentes con que la Tabacalera empapa nuestros ocios y raspa nuestros exangües bolsillos.



Toponimia madrileña

DESDE siempre fueron en España los nombres de los cafés elementos de extranjerización. Entre los clásicos de diván de peluche, existían—y existen—ciertas remotas "Maison Dorée" y algunos vagos "Lion d'Or", que la costumbre nos hizo tolerables, familiares y un cuasi castizos. Las denominaciones de los café nuevos constituyen ya un campeonato poliglota totalmente insufrible, y no va a ser posible ir a ellos si no es proveyéndose antes de varios diccionarios con pronunciación figurada.

RÓTULOS escritos en lenguas muertas, en lenguas vivas y en lenguas agonizantes. Los hay en latín, en inglés, en vascuence y en kalmuco. Todo se vuelven "Yvoris", "Chiquis", "Kutz", "Aquariums" y "Sursum Cordas". Las lenguas orientales están representadas por el "Fuyma" y el "Pekin", y las africanas, por el "Moka" y el "Alá-



kano" (este último nombre debe ser resto de algún remoto dialecto arábigo). En cuanto a nombres de los bares, el descalabro lingüístico es ya sencillamente babeliforme. (Bueno, está visto que hoy estoy un rato bien de prosa.) Tenemos, escritos en lenguas rúnicas, el "Chumbica" y el "Gavilondo", que nadie de este mundo sabrá jamás lo que quiere eso decir. Hay otro que representa los lenguajes interplanetarios, y se llama "El Sol", como hay otros dos más que traslucen ciertas aficiones sudamericanas con sus nombres de "Magallanes" y "La Patagonia", y de igual forma que traducen inequívocas veleidades yanquis los que llevan en sus dinteles las palabras "Miami" y "Hollywood". Los anglioparlantes cuentan con varios "Royal", "Royalty", "Novelty" y "Sporting"; los futuristas, con un "El Siglo XXII", y los choferes, con otro que responde a "La Velocidad".

EN cambio, las tabernas!... ¡Dulces refugios del idioma! ¡Fuerzas baluartes del casticismo! ¡Amorosos regazos del purismo! El ánimo, cansada de ambular por los escollos poliglotas, la lengua destrozada de doblarse en forma de sacacorchos para extraer de los duros cartílagos ibéricos la difícil aspiración de las "h" inglesas y de la "j" francesa, tormentos de nuestro sistema glosofaríngeo; los labios, distendidos en forma de embudo a fuerza de querer sacar de las fauces los "um" latinos y las dobles "o" anglosajonas, como para decir Hollywood—que no hay en Madrid quien lo diga, si exceptuamos a Guillermo de Torre—; el corazón, dolido por esta invasión de la extranjería, todo ello descansa cuando se llega al suave valle de los nombres tabernarios, arcadias del idioma, celosas academias del bien decir. Excluyamos, antes de dar algunas muestras, ciertos establecimientos confusionistas, como "La Bola Negra", que se anuncia para, mayor claridad, con dos faltas de ortografía, escribiendo en su rótulo "Taverne", y vengamos a los honrados nombres de las tascas madrileñas. Ahí están: "El Sanatorio", "El Brasero", "El Anciano", "El Clavel", "El Generalife", "El Majuelo", "El Nido", "El Progreso Vinícola" y "El Pico del Pañuelo", entre los masculinos; y de las femeninas, tenemos "La Venecia", "La Alegría del Manzanares", "La Cruzada", "La Estrecha", "La Flora", "La Serrana", "La Gaditana", "La Taurina", "La Valentina" y "La Oficina", ¡que ya está bien!

Hasta las grandes bodegas industriales se han contagiado de este casticismo que da la proximidad del morapio, y a pesar de sus S. A., de sus graves Consejos de Administración y de sus intringulis y contabilidades, siguen llamándose noblemente "La Mentridana", "La Mezquita", "La del Maño", "La Rioja en Madrid" y "La de Valdemojado", y ¡olé! Hasta hay una pedantescamente rotulada con el nombre de su propietario, pero que, por un azar feliz, los patronímicos del bodeguero exhibicionista parecen un anuncio de su vino. Se llama "Bodega Blanco Bueno". ¡Que aproveche!

Mírese en ese espejo la cursilería de los cafés madrileños, con sus "Kutz", sus "Dorin", sus "Aquarium" y sus "Dominus Vobiscum"...



Fotografías obtenidas por la expedición Baró-Hernández Pacheco en el Pinsapar de Ronda, en el mes de diciembre pasado. Ceditas a CIUDAD por el "Sindicato de Iniciativas de Málaga"

# Se ha salvado el Pinsapar de Ronda

Un deportista, en el puro y caballeresco sentido que a la palabra han dado sus inventores los ingleses, es algo más que un hombre que se dedica a un ejercicio atlético para provecho de sus músculos o de su bolsillo. Nada más antitético de un deportista, por ejemplo, que un boxeador.

El deportista, el *sportman*, es un hombre con sus sentidos físicos abiertos al aire libre y a la belleza del mundo, con un sentido optimista de la vida y un noble sentido utilitario, en beneficio de la humanidad y de su patria, de aquello que la naturaleza nos puede prestar para el mejoramiento del espíritu. Es posible que esta definición sea un poco conceptuosa. Procederemos por el ejemplo, como los rústicos, para mayor claridad. Un deportista es D. José María Escobar.

Don José María Escobar, cazador, montañero, enamorado de las sierras andaluzas, que no tienen secreto para su planta, visitó muchas veces, en sus andanzas de cazador o de paseante, el pinsapar de Ronda. El pinsapar es un bosque de pinsapos, especie conífera de enorme corpulencia y de enorme resistencia a las diferencias de temperatura, y que constituye una curiosidad botánica extraordinaria en Europa. Se da únicamente en la serranía de Ronda, y de una manera muy principal, en la sierra de las Nieves, magnífico mirador, desde donde se contemplan el Atlántico, el Mediterráneo, la costa de África y el Estrecho de Gibraltar.



Los pinsapos forman selvas de tal belleza, que acaso solamente se le igualen en majestad y nobleza los bosques famosos de cedros del Líbano, que sirvieron para labrar el Arca de la Alianza. Pero los árboles padecían el ataque de los "piconeros", que los desmochan con la codicia rural de aprovechar sus ramas para la lumbre y el carboneo. Las cabras en estado cimarrón desmochan los plantones, y poco a poco, el pinsapar iba desapareciendo, con el peligro de una muerte total. La pérdida hubiera sido deplorable y hubiera constituido una vergüenza para España. Entonces, José María Escobar, auténtico caballero deportista, da la voz de alarma y se dirige, en 1932, al Sindicato de Iniciativas de Málaga, haciéndole ver la obligación en que se encuentra de acudir en socorro del pin-

sapar. El Sindicato de Iniciativas se dirige al Patronato Nacional del Turismo, y éste, bajo la inteligente dirección del Sr. Moreno Calvo y de D. Alfredo Bauer, organiza la defensa del pinsapar de Ronda.

Es entonces cuando interviene la Comisión de Parques Nacionales, y se organiza la expedición científica al pinsapar de Ronda, bajo la dirección personal de D. Fernando Baró, director general de Montes, y con el asesoramiento científico de persona de tanto prestigio en todo el mundo como D. Eduardo Hernández Pacheco, profesor de Geología y catedrático de la Universidad de Madrid. La actividad prodigiosa y la dureza física admirable del Sr. Hernández Pacheco le permiten organizar, dirigir y tomar parte en las expediciones científicas más penosas, y unos me-

ses después de regresar de Ifni acomete la tarea de subir al pinsapar de la sierra de las Nieves. Además del Sr. Baró, que quiso tomar parte personal y activa en la excursión, le acompañaron el asesor letrado del Patronato Nacional del Turismo, D. Ricardo de Jaspe; D. Cándido Bolívar, hijo del famoso profesor D. Ignacio, director del Museo de Ciencias Naturales, y D. Félix Gállego.

La Comisión llegó hasta el alto de la Torrecilla, a 2.000 metros de altura, punto culminante de la sierra de las Nieves, y desde donde se contempla el admirable panorama de los dos mares unidos por el Estrecho de Gibraltar.

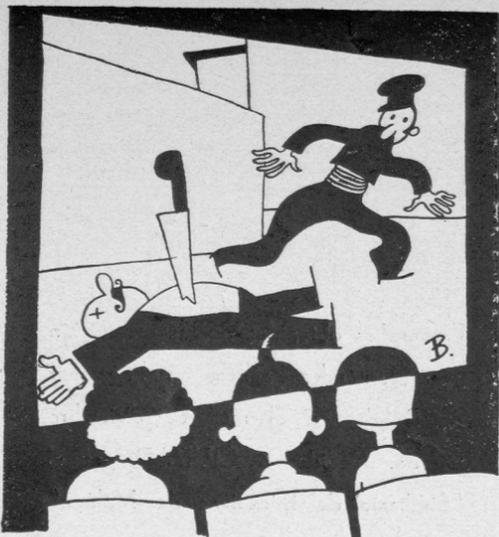
Consecuencia de esta expedición ha sido declarar Sitio Natural de Interés Nacional el pinsapar de Ronda y someterle a un régimen de vigilancia y repoblación que permita asegurar la supervivencia del bosque más original de Europa.

Necesitaba esta determinación el hombre que se ocupara de que no quedase en el papel. Lo ha encontrado en D. Pablo Homs, uno de los españoles más extraordinarios de nuestra época, y que, después de haber vivido treinta y cinco años fuera de España, ejerciendo cargos de alta responsabilidad en los países más extraños del mundo, se ha acogido al regazo tibio de Málaga, donde ejerce el cargo de Delegado del Patronato Nacional del Turismo.

Esa ha sido la obra de un deportista como José María Escobar: poner en conmoción a los organismos y a los hombres responsables para que su patria no pierda una belleza natural como la que supone el pinsapar de Ronda.

Como José María Escobar hay otros caballeros deportistas en España. Algún día hablaremos de Careaga, el hombre que ha hecho venir de los Estados Unidos a los primeros balandristas del mundo para correr regatas en España. Y de Enrique Camino, el cazador de osos y pescador de salmones, entroncado en los clubs más aristocráticos de Londres, donde ha dado a conocer las bellezas del Pirineo Cantábrico. Y del marqués de Pidal, el escalador del Naranco de Bulnes. Y de otros muchos.





## Ejemplos perniciosos del cinematógrafo

*La cadena de la costumbre es generalmente pequeña para sentirla hasta que llega a ser demasiado fuerte para romperla.—HARVEY.*

El tema de esta croniquilla me lo sugiere la lectura de un suceso que veo en la Prensa. Una organizada y terrorífica banda de ladronzuelos—el mayor, de catorce años—, con arte y depurada maestría, digna de mejores empresas, imita las aventuras que antes viera reflejadas en la pantalla cinemática, y a manera del clásico Monipodio, realiza robos, para, con su producto, poder ir al cinematógrafo, cantera inagotable de su aprendizaje.

La noticia del hecho, aunque dolorosa para los que estamos en el deber de pensar en la infancia y preocuparnos de la salud y la educación de los chiquillos, no me ha sorprendido, ciertamente. No podía sorprenderme. El caso, visto simplemente desde el punto de vista objetivo de su realización, es lógica consecuencia de un conjunto de factores nocivos, resultante de un ambiente pedagógico confuso y equivocado. ¡Cosecha que tiene por fuerza que recogerse al sembrar con semillas perniciosas!

No conozco cinematógrafo alguno en que se prohíba la entrada a los niños cuando la película a proyectar sea apta exclusivamente para los mayores. Y al decir lo que escribo, tengo en cuenta la citada prohibición concretada a esas cintas pseudocientíficas, de temas patológico-sexuales quirúrgicos. ¡Porque no son éstas las únicas nocivas para los chicos! Hay algo más, ¡mucho más!, que reclama la enérgica intervención prohibitiva y la necesidad urgente de una cruzada de profilaxis para el cuerpo y el alma de los niños, en los que el instinto de imitación se halla tan desarrollado y apto para captar cuanto a través de las celdillas de la visión se plasma en su cerebro.

Es decir, que a un pequeño, que se le prohíbe comer a la misma hora que los mayores, porque *mete los dedos en la sopa*, y se le deja al cuidado y vigilancia de una doméstica, porque a la madre le es mucho más cómodo delegar en otra persona esta obligación, que a ella sólo le

incumbe, puede, sin embargo, ir a *instruirse* al cinematógrafo, donde bien a las *claras*, ¡paradojas del séptimo arte!, pasarán ante sus ojos, en detallado desfile *decorativo*, los besos kilométricos, los robos planteados y llevados a realización con todo detalle, los truculentos cuadros de crímenes, secuestros y martirios, que tan *dignamente* encuadrarían en el negro marco de la sección de sucesos...

¿Que existe una banda de raterillos, el mayor de catorce años? ¡Cómo puede sorprendernos! No será la primera, ni, lo que es peor, tampoco la última!

A mi recuerdo viene ahora el caso aquel de que en plena calle, a la luz del día, dos niñas atracasen a otra, tapándole la cara con un pañuelo impregnado en carbón. La *víctima*, después de sufrir el consiguiente *chafarrinón*, fué despojada de un bolsillo que contenía ¡tres pesetas!

Llevadas las pequeñas al Tribunal Tutelar, allí declararon con toda tranquilidad las atracadoras que lo hecho por ellas lo habían visto en el cinematógrafo, y la gente se reía mucho...

Nosotros hemos tenido un vecinito—un Barrabás de diez años—que jamás quiso entrar en su casa por la puerta. Trepaba por las ventanas del patio, y así llegaba hasta las de su domicilio, término de la difícil y peligrosa ascensión. Hubo necesidad de extremar la vigilancia, porque era imposible hacerle desistir del acrobático y arriesgado procedimiento, porque el chico, con razón que le sobraba, justificaba su acción al afirmar que lo mismo hacían los ladrones en el cinematógrafo, y la gente hasta pagaba por verlo.

Si los niños deben acostarse a horas distintas que las personas *mayores*, comer alimentos diferentes, leer libros especiales a su comprensión, pasear bajo el poder luminoso del sol, hacer, en fin, una vida ajustada a las proporciones de su organismo y a la sensibilidad de sus delicadas reacciones, no llevo a comprender cómo pueden asistir a un espectáculo en que, sin una necesaria selección de sus cuadros, es presenciado en pleno regocijo por sus propios padres, que se *recrean* al observar cómo se *divierten* sus hijos en aquel ambiente por completo inadecuado.

¡Y es fácil deducir que, si la película es del agrado de nuestra modernísima juventud, no podrá ser apta ni beneficiosa para los niños!

Junta de Protección a la Infancia; médicos, pediatras, escritores, maestros; todos los que estén obligados a defender la salud de las criaturas; todos los que vean con amor de humanidad la vida de los niños: para ellos van dedicadas estas líneas, que tienen más de propósito de alarma que de creencia realizadora!

No hagamos del cinematógrafo escuela de truhanería y espejo de inmoralidades. Hágase, sí, por el contrario, cine infantil, con películas exclusivamente para niños. Llévase

a cabo, de modo consciente y reflexivo, esta importante cruzada de higiene social, que, en definitiva, es fomentar, sanear y vigorizar la raza.

Vayan los hombres donde se entusiasmen los niños; pero jamás los pequeños donde se diviertan los *mayores*. Porque en los chiquillos, mejor que en ninguna otra cosa, obra la voluntad de quienes los gobiernan, en cuanto ellos ven—y lo ven pronto—que aquella voluntad es inquebrantable.

Un niño en el cinematógrafo, cuando la cinta que se proyecta es de las que tanto gustan a los *habituales* a estos espectáculos, no hará más que perjudicarse de modo especial en lo que al aspecto ético y psicológico se refiere, y no encontrará en el desarrollo de esas películas inadecuadas para sus sensibles reacciones cerebrales, más que material pernicioso e incomprensible en su verdadero alcance; no recogerá de su retención visual más que aquello que, precisamente por ser lo más aparatoso o *truculento*, más fácilmente se graba en la fragilidad de sus impresiones. Cuando más atención preste al desenvolvimiento de la proyección, mucho más perjudicial resultará para el equilibrio orgánico que constituye la salud.

Mientras un niño lo sea—y quisiera que comprendiese el verdadero alcance de esta aparente redundancia—, es necesario cuidar extremadamente el desarrollo de su inteligencia, tan sutil a las receptividades de materia y espíritu, para que después, formada orgánicamente aquélla, reclame para su entonces lógico desenvolvimiento la auténtica enseñanza que complementa el desarrollo de su naturaleza, preparada por la higiene, el método y una racional educación, para recibir la fase nueva que reclama la perfección de su crianza.

Forzar esto, violentar sus instintos, dejarles a merced de un desgaste de energías necesarias, es cometer a sabiendas un verdadero delito, sin atenuantes de ninguna clase.

¡Aniñemos en lo posible nuestro espíritu! Descendamos a esa inmaculada paz de la edad infantil; lleguemos a ese mundo especialísimo de los chiquillos, en que todo se mueve por una mecánica de juguetería. Quedémonos allí, donde existe una música, un romancero y una filosofía característicos; allí, donde la existencia se desenvuelve en espontaneidad de ideas y pensamientos; y si la vida de los mayores, merced a la inteligencia de los que la han de poner en práctica, encuentra en ese mundo aparte de la infancia la razón de su porqué, los niños de hoy podrán llegar a ser ¡hombres! mañana.

Cosa cada día más erizada de dificultades.



Bergson dice, más o menos, que para hacer reír es necesario comparar cosas que no tengan entre sí ninguna relación. Es lo que hace que el viajero esté alegre. Partir es irse a establecer comparaciones.

A los doce años tuve mi primera bicicleta; después, nadie me ha vuelto a ver jamás.

No toméis jamás pasajes de ida y vuelta.

Viajar es huir de su demonio familiar, distanciar la propia sombra, "sembrar" su doble. Sucede que se le toman algunas horas, algunos días de delantera. Entonces cesan las contrariedades; los males crónicos que todos los nerviosos arrastran tras ellos desaparecen. ¡Qué alegría! Pero ya le alcanza el enemigo, está sobre usted: todo ha terminado.

La poesía de los puertos ha sido inventada por los sedentarios. Los puertos son lugares inmundos hechos

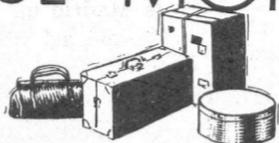
para llenarse y vaciarse. Lo que hay de bueno en los puertos son los buques, los cuales, justamente, no forman parte de ellos.

La cabeza, en el Polo; los pies, sobre el Ecuador; haga lo que haga, es siempre el viaje alrededor de mi habitación.

# VIAJAR

POR

# PAUL MORAND



Poseo el vehículo más rápido de Francia; es inútil, peligroso y me arruina; pero es más fuerte que yo.

Irse es ganar la partida contra la costumbre.

Hacer el elogio de su rincón de tierra: punto de vista de su cadáver.

Haber visto muchos países es llegar joven a la madurez, uno de los secretos de la felicidad.

En todo instante, el azar os empuja a pasear. ¿Lo aprovecháis?

El invierno, en Egipto; junio, en París; esnobismo de las golondrinas.

Irse, única manera de llegar.

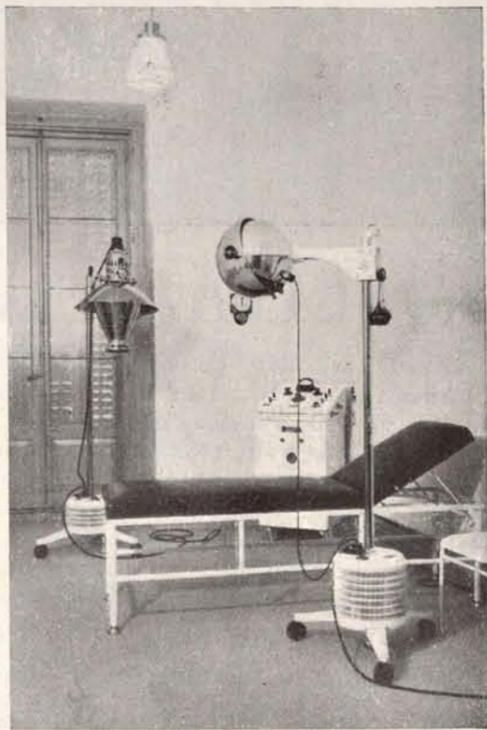
Viajar es la manera más agradable, la menos practicada y la más costosa de instruirse; es por eso que los ingleses han hecho de ella una especialidad.

La velocidad es verdaderamente el único vicio moderno.



# "HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica, del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELÉFONOS. { Oficina 27916-17  
Dirección 27914  
Clínica 27915

## El Hogar Moderno

DIBUJO DE SANTONJA  
TEXTO DE JEAN LAROCHE  
EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"



He aquí un comedor estilo Imperio, a través de influencias nórdicas, que recuerdan el Widemaier vienés, que tanto influjo ha ejercido en Alemania, Austria y los Países Escandinavos en la pasada centuria. La estilización que Santonja nos da en su diseño es de tendencia evidentemente moderna, y está destinado a aquellas personas cuyo gusto no se decide abiertamente por las líneas del mueble contemporáneo, pero que desean simplificar el arreglo de sus interiores.

Este comedor es en caoba roja de Antillas, muy lustrada, con aplicaciones en bronce-oro. Estas pueden ser fundidas y repasadas a cincel, con algunas aristas brillantes, debiendo ser el fondo de la pieza metálica, mate y un poco patinada al antiguo. También en las aristas de la tapa de la mesa y en los cantos del armazón de la silla deben ir pequeños filetes dorados. El forrado de las sillas, en terciopelo o damasco, con dibujos de la época.

La decoración, muy simple puede consistir en los entrepaños de la pared recubiertos de seda roja con palmetas doradas, del repertorio decorativo egipcio, como en todo el estilo napoleónico. También puede ser el color de fondo de la decoración y tapizados, en color azul pálido o verde trianón, según se prefiera.

En cuanto a las cortinas, pueden ser de tul, con estrellas bordadas en dorado, como indica el dibujo.

## T O R O S

### EL PLEITO DE LOS GANADEROS MARCIAL, DISIDENTE

Por "DON QUIJOTE"

El antipático pleito de los ganaderos ya pica en historia. Lejos de vislumbrarse la solución, cada vez se complica y se avinagra más.

Y aunque no hay mal que cien años dure, y a éste también ha de llegarle su término, todo hace sospechar que nos metamos de hoz y coza en la temporada sin que se haya resuelto.

Ultimamente ha tenido que separarse de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, Marcial Lalanda. Es la nota sensacional del momento. Ha procedido bien. Como siempre, Marcial es hombre discreto, inteligente y caballero. Y en la Unión—entidad compuesta por tantos caballeros—un vendaval de absurdidad se ha desatado y tuerce hasta lo que debiera no torcerse nunca bajo la presión de la fuerza aprisionada: la rectitud.

Uno se hace cruces viendo la buena Prensa que tienen los ganaderos de la Unión. Quien no esté ofuscado y aprecie serenamente y desde fuera el pleito, no puede estar con la Unión, sino frente a su actitud.

Porque el hecho, poniendo la cuestión al desnudo y llevadas las cosas a su esencia, es, sencillamente, éste: que los ganaderos de la Unión no quieren que se lidien otros toros que los suyos. Y todo monopolio suele ser injusto, perjudicial y antipático. Pero, sobre todo en este caso, cuando no se monopoliza la buena casta de los toros, hoy repartida entre ganaderías unionistas y... de las otras.

El argumento que esgrimía Ortega es falaz, sofisticado. Tan buena sangre hay en uno como en otro bando. Y si continúan los desaciertos y las arbitrariedades de la Unión, acabarán por estar fuera mayor número de ganaderías punteras que dentro. La obcecación se contagia; pero también la razón, y, al fin y al cabo, es lo justo lo que suele triunfar.

Contra lo que muchos se figuran, a la larga, yo creo que la Unión tiene el pleito perdido. La salida de Marcial es otro síntoma. Y de bulto.

Vale la pena de detenerse a considerar la calidad de los enemigos que la Unión se está creando...

El mejor torero de estos tiempos, ¿quién es? Belmonte, ¿no? Contra él está precisamente la Unión.

La mejor ganadería, por su historial y por su abolen-go; por su casta y por la bravura de antes y de ahora de sus toros, ¿cuál es? La de Murube, ¿no? Fuera está de la Unión, y la Unión frente a ella.

El mejor empresario, el de más prestigio, el de mayor solvencia y el de más capacidad en su calidad de aficionado, ¿quién es? Eduardo Pagés, ¿no? Enfrente de él, contra él, irreducible e inexorablemente está la Unión.

Entre los toreros de primera fila más dentro del movimiento normal de las temporadas (Belmonte aparte), ¿cuál el más prestigioso, por unir antigüedad y categoría, que es ya jerarquía suma, por lo difícil que es no ir perdiendo la segunda conforme aumenta la primera? Marcial, ¿no? Pues Marcial—torero y ganadero—se ha visto obligado a separarse de la Unión, y contra el torero va la Unión, al perder al socio ganadero. Mejor dicho, por su proceder injusto y arbitrario para con el torero se les ha ido el socio ganadero. Otro más...

La plaza más importante del mundo, ¿cuál es? La de Madrid. Pues con la plaza de Madrid va la cosa; con ella es el pleito...

Alfredo Corrochano—para sus méritos y cualidades de lidiador toda mi admiración—ha terciado en el pleito, pero situándose mal. Culpa de todo a Pagés. Dice que ha llevado a la plaza de Madrid un pleito que era "exclusivamente" suyo. Aunque así fuera. Habiendo dejado de representar a la Empresa, debió cesar el pleito. Y no ha cesado. Es como si un inquilino riñe con el administrador de la finca que habita y se niega a pagar al casero. Este prescinde del administrador, con quien "exclusivamente" iban las iras del inquilino, y ni así consigue entenderse con él... El argumento, de puro inconsistente, no se puede tomar en consideración.

Y así tenemos concretamente que la Unión está enfrente de la plaza de Madrid, y de Madrid, y de Pagés, y de Belmonte, y de doña Carmen de Federico (Murube), elementos todos de máxima importancia en la vida taurina. ¿No es ello, por sí solo, indicio suficiente de que no le asiste la razón?

Por lo que respecta al más reciente aspecto del pleito—la separación de Marcial—, no cabe discusión.

Se le autoriza a torear ganado no perteneciente a la Unión. Marcial, amparado en esa previa autorización expresa, firma buen número de corridas para el presente año con toros de la Asociación de Ganaderos. Y, una vez contraídos tales compromisos, la Unión le retira la autorización. Marcial está dispuesto a atenerse a la prohibición en lo sucesivo; pero, en modo alguno, a incumplir los contratos que ya tiene firmados. Otra cosa sería quebrantar sus compromisos. Es arbitrariedad por la que Lalanda no puede pasar. Dar carácter retroactivo a la prohibición, es un modo dictatorial desaprensivo, disparatado y absurdo, Marcial, hombre de honor, no puede quebrantar su palabra.

No había otra salida, y la ha tomado: se separa de la Unión.

Y al hacerlo ha hablado. Como un libro. Con palabras serenas, pero contundentes: exteriorizando su disconformidad con la "orientación equivocada" de la Unión, "que más que a la defensa de los intereses de sus asociados", atiende "a política menuda de vanidades y personalismos". Y asegura que la marcha que lleva la Sociedad, la conduce a "un fracaso rotundo".

Opino lo mismo.

Y felicito a Marcial Lalanda por esta nueva prueba de su discreción, de su inteligencia clara y de su conducta caballerosa.

A Marcial torero lo he censurado muchas veces. No me gusta su estilo. Le reconozco grandes méritos, pero no en lo que le ensalzan sus panegiristas. A mí me parece un torero fácil, muy largo y vistosísimo con el toro, claro y sin nervio; pero no un dominador de toros broncos o nerviosos. Precisamente lo contrario de lo que opina todo el mundo... sin convencerme. Por la natural reacción contra opinión tan generalizada cuanto errónea, muchas veces he discutido y censurado a este torero. Ello no quita—¡naturalmente!—para que su persona—aun sin tener el gusto de conocerle personalmente—me sea simpática, y tenga de Marcial, como particular, las mejores referencias y la mejor opinión.

La cual se afirma y se confirma con motivo de su actitud frente a las arbitrariedades y a la orientación que sigue la Unión de Criadores de Toros de Lidia.

”...mi padecimiento de estómago me impide acompañarles a comer”

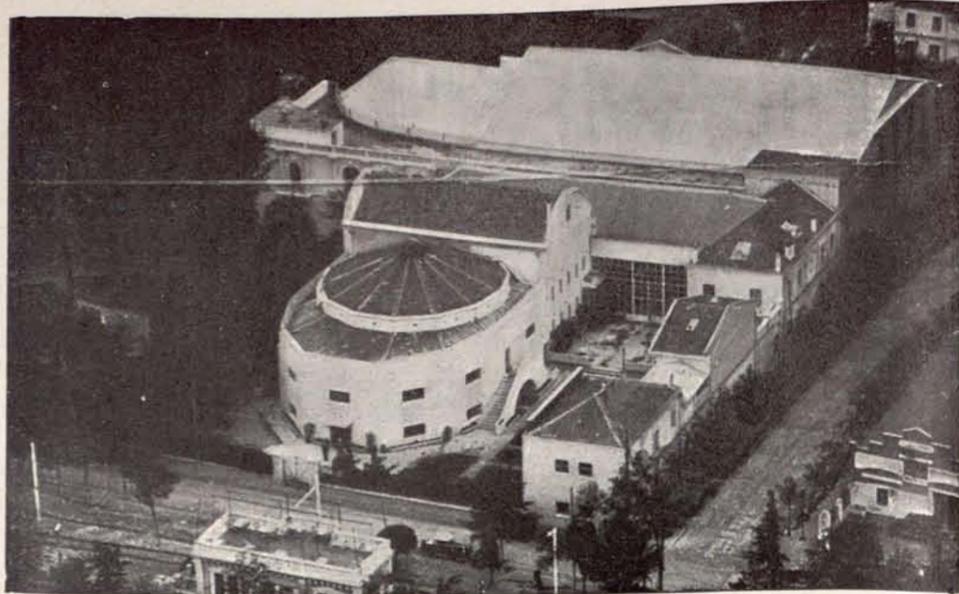


¡Cuántas personas se ven obligadas a no acudir a comidas ni a fiestas por causa de su enfermedad de estómago! Saben que el menor exceso se traduce en molestias insufferibles después de la comida y prefieren rechazar toda invitación.--Estas personas ignoran que el Elixir Saiz de Carlos es la medicina de confianza en millones de hogares, y que con las primeras dosis desaparecen las molestias de la digestión.



**ELIXIR ESTOMACAL**

**SAIZ DE CARLOS**



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

**Cinematografía Española Americana**

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.--Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.--Teléfono núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad Lineal (Madrid)



## El "totem" de Madrid

Todas las grandes y antiguas ciudades de Europa rinden una especie de pequeño culto doméstico al "totem" protector. Aun las ciudades nuevas se buscan y se falsifican un "totem" nuevecito y lo exhiben con una pueril vanidad.

Berna y Berlín tienen el mismo "totem" que Madrid: el oso. Berna los tiene vivos en un foso que visitan todos los turistas y los niños de la ciudad. Berlín los tiene en estatuas de barro cocido y en los costados de los tranvías. En la capital de la Confederación Helvética, como en la de la reciente República Unitaria de Alemania, venden en las tiendas osos de madera, de peluche, de oro, de porcelana, que la gente se lleva como recuerdo de la ciudad, o que sus habitantes emplean para la decoración de sus chimeneas, de sus mesas de trabajo, de sus repisas.

También Madrid tiene sus estatuas al oso "totem" de la villa. Están en la Fuentecilla y en la entrada de la Casa de Fieras. Son unos osos contrahechos, fernandinos y, como tales, un poco "de chungu". No se sabría decir exactamente si se trata de osos o de corderos. La intención fué, sin duda, la de rendir tributo al "totem" matritense. La realización es deplorable y absurda, y sólo desde el punto de vista de la escultura popular humorística pueden ofrecer algún interés estos chirimbolos de piedra.

Compostela, el fácil escultor gallego, ha logrado una feliz versión del oso de Madrid, que tiene expuesta en el patio de Cristales de la Casa de la Villa. Podría oponerse que el oso ha quedado en una posición poco heráldica, porque el animal heráldico rara vez está en reposo, sino rampando o andando. El escultor ha preferido dejarlo en una situación de descanso, tomando pacíficamente la sombra del madroño, como cualquier paseante del monte de El Pardo.

En todo caso, es plausible la intención del escultor. Si esta intención coincide con la capacidad de adquisición artística del Ayuntamiento, lo celebraríamos mucho, por el artista y por la municipalidad. Así como así, es preferible tener en un parque un oso decente que un cañene de los muchos abominables que estropean los jardines de todo el mundo.

Porque no es Madrid solamente la ciudad hollada por la estatuaría horrenda. Hay cada Schiller y cada



“Soldado desconocido” y cada general por esos mundos de Dios... ¡Por un Coleone o una Gatamellata, hay una de Guillemos, y de Federicos, y de Garibaldis, y de Clemenceaus!

M A N O L O

## El país de los Sous

Hay una región en Marruecos de la que se habla poco o nada: allí no se baten los hombres vistosamente, y las especulaciones de la civilización no han llegado. Los indígenas trabajan aún tranquilamente. Es un país dichoso, allá lejos, más allá de Marrakech, pasado el Gran Atlas.

Pero los viejos “marroquíes”, mejor dicho, los eu-

ropeos marroquizados, que conocen aquella región como sus manos, ponen mucha atención en dicho país y le aseguran un porvenir brillante.

Nos referimos a la región de los Sous, que se extiende en 18.000 kilómetros cuadrados y cuenta una población de cerca de medio millón de habitantes.

Busquen ustedes en sus recuerdos geográficos, y hallarán, sin duda, el nombre de Agadir, de aquel pequeño punto del Atlántico. Pues bien: Agadir es el puerto de los Sous. Ha progresado mucho, y cuenta con 4.000 habitantes, de los cuales hay unos 1.500 europeos. El país Sous posee también una capital de 5.000 almas, llamada Taroudant. Allí hay una guarnición, y se ha hecho hace poco el plan de una linda ciudad francesa, la que, junto a la población indígena, hará gracioso juego... En espera de la entrada definitiva del progreso, Taroudant cuenta ya con un hotel de corte turístico. Lo que hace pensar en que la paz y la tranquilidad de los pobladores habrán de experimentar influencias considerables.

Aquel país es un largo valle triangular, regado del Este al Oeste por un río de 300 kilómetros, el que le ha dado su nombre. Abierto sobre el océano, puntea hacia las regiones donde hasta hace poco había guerras terribles. Dos contrafuertes del Atlas precisan las costas: el del Norte, rico en cimas elevadas y cubiertas de nieve, las que constituyen una reserva inagotable que alimenta al río y, por consiguiente, al suelo, y el del Sur, menos alto, pero suficiente para guarecer de los vientos secantes del Sáhara al valle encantador. Los torrentes arrastran aluviones fértiles.

Luego, y ante todo, el sol africano. Lo que significa que esa región es muy propia a la agricultura. De modo que los habitantes, que son de la raza berberisca, es decir, cultivadores de nacimiento, se dedican con entusiasmo y provecho.

Allí no hay nómadas. Las orillas del río ostentan lindas aldeas con palmas de dátiles, higueras y olivares. En las praderas abundan los ganados. Es una pequeña, una desconocida Arcadia africana.

Había terminado la misa en la capilla del pueblo de Verhny Zaprudy. La gente empezó a moverse y a apretujarse en la salida. El único que no se movió fué Andrey Andreyitch, tendero y viejo habitante de Verhny Zaprudy. Se quedó esperando, apoyado en la baranda del coro. Su cara gorda y afeitada, cubierta de cicatrices y de granos, expresaba en aquella ocasión dos sentimientos contradictorios: resignación ante el destino inevitable, y un estúpido, infinito desdén por los chales y las mantillas raídas que pasaban ante él. Andrey vestía como un "dandy", pues era sábado. Llevaba chaqueta larga, con botones amarillos; medias azules bien estiradas y fuertes zapatos de goma, esos grandes zapatos de goma que sólo se ven en los pies de las prácticas y prudentes personas que tienen firmes convicciones religiosas.

Los ojos torpes y hundidos de Andrey se fijaban en el altar del icono. Vió las altas figuras familiares de los santos; vió al sacristán Matvey que hinchaba sus mejillas y soplabla sobre los cirios; vió la carpeta tejida; vió al sacristán Lopuhov que venía del altar trayendo el cáliz... Todas esas cosas Andrey las había visto durante años; a cada rato, como veía los cinco dedos de su mano.

Sin embargo, había algo extraño e insólito en todo aquello.

El padre Grigory, sin haberse despojado aún de sus vestiduras, se hallaba de pie en la puerta del norte, nerviosamente crispadas las tupidas cejas.

—¿Por qué estará pestañeando? ¡Maldito sea!—pensó el tendero—. ¡Y hace señas con un dedo! ¡Y golpea el suelo con un pie! ¿Qué le pasará, Sagrada Reina y Madre? ¿A quién se dirige?

Andrey miró a su alrededor y vió que la iglesia estaba completamente desierta. Había cerca de la puerta unas cien personas, pero todas daban la espalda al altar.

—¡Venga cuando le llamo! ¿Por qué se queda ahí como una estatua?—decía la voz agria del padre Grigory—. ¡Lo estoy llamando hace rato!

El tendero miró al padre Grigory, y entonces se dió cuenta de que las cejas fruncidas y el dedo indicador podían relacionarse con él mismo. Dejó de apoyarse en la barandilla y fué hacia el altar, vacilante, con sus pesados zapatos de goma.

◆

—Andrey Andreyitch... ¿Usted quería que rezáramos por el alma de Marya?—preguntó el sacerdote, cuyos ojos examinaban atentos la ancha cara del tendero.

—Sí, padre.

—¿Fué usted, entonces, quien escribió esto? ¿Usted?

Y el padre Gregory, severo, le puso bajo los ojos la pequeña esquela.

Y ese papel, enviado por Andrey Andreyitch antes de la misa, estaba escrito en letras grandes y tambaleantes.

"Por el descanso del alma de la sierva de Dios, la ramera Marya."

—Sí, yo escribí eso, claro...—respondió el tendero.

—¿Y cómo se atrevió?—susurró el sacerdote, en cuya voz había una nota de enojo y alarma.

Andrey le miró con desconcertado espanto. El estaba perplejo, y también asustado. El padre Grigory jamás se había dirigido en semejante tono a un antiguo residente de Verhny Zaprudy.

Ambos se quedaron un minuto en silencio, mirándose. El asombro del tendero era tal, que su cara grandota se movía en todas direcciones.

—¿Cómo se atrevió?—repitió el sacerdote.

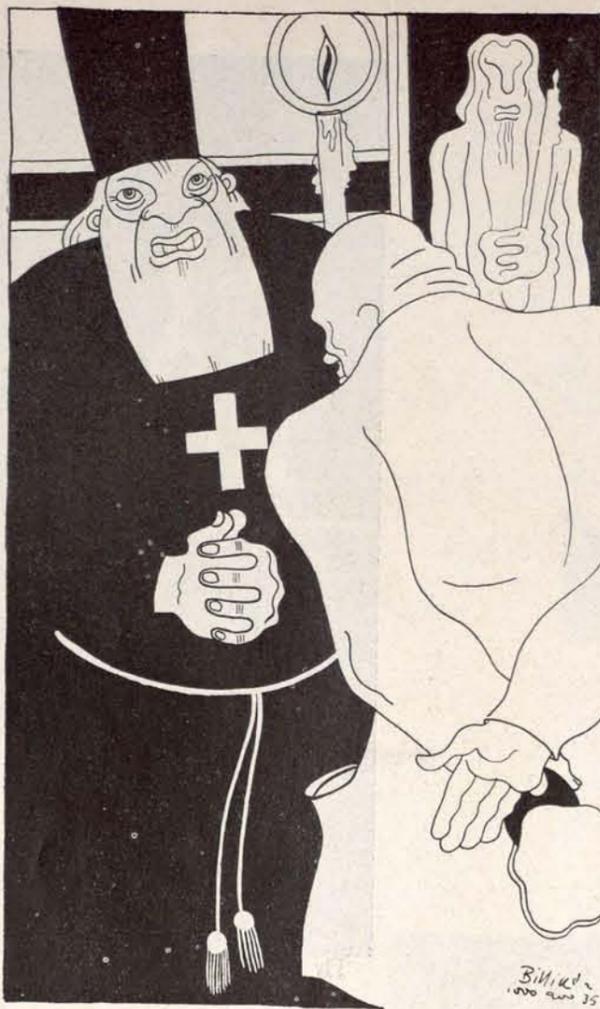
—¿Atre... verme... a qué?—preguntó Andrey, completamente aturdido.

—¿No entiende?—susurró el padre Grigory, dominado por el asombro y entrecruzando los dedos de sus manos—. ¿Qué tiene sobre los hombros? ¿La cabeza o alguna otra cosa? ¡Me envía una esquela al altar y escribe en ella una palabra que sonaría mal hasta en la calle! ¿Por qué vuelve los ojos? Usted sabe, sin duda, el significado de esa palabra, ¿no?

—¿Se refiere usted a la palabra "ramera"?—musitó el tendero, abochornado—. Pero observe que el Señor, en su Gracia..., perdona estas cosas..., perdona a una ramera... El ha destinado un sitio en el cielo para ella, y, además, en la vida de la Santa María de Egipto se puede ver en qué sentido se emplea la palabra... Perdóneme...

El tendero quiso buscar algún otro argumento para justificarse, pero tuvo miedo y se secó los labios con el revés de la manga.

—Así que usted piensa eso—gritó el padre Grigory, apretando las palmas—. ¿Pero no ve que Dios la ha perdonado? ¿No entiende? El la ha perdonado... ¡y usted se permite juzgarla, la calumnia, la llama con un nombre vergonzoso! ¡Usted, su propio padre! Yo sé que ni en las Sagradas Escrituras ni en ninguna otra parte lee-



rá usted que eso sea un pecado. Pero yo le digo, Andrey, que usted no debe sutilizar... ¡No, no, no debe sutilizar, hermano! Si Dios le ha dado un pensamiento agudo y usted no sabe manejarlo, es mejor que no se meta en ciertas cosas... y que se quede en paz.

—Pero usted sabe, ella..., perdóneme que se lo recuerde... ¡era una actriz!—articuló Andrey, abrumado.

—¡Una actriz! Pero, fuera lo que fuese, usted debe olvidarlo ahora que se ha muerto, en vez de escribirlo en un papel...

—Así que...—asintió el tendero.

—Haga penitencia—clamó el sacerdote, mirando la ca-

## REQUIEM

por ANTON CHEJOV

UNA FIRMA RUSA

ra asustada de Andrey—. Eso le enseñará a no pretender ser tan inteligente. Su hija era una actriz bien conocida. Todavía puede leerse en los periódicos el eco de su muerte.

—Claro..., seguramente—musitó el tendero...—. La palabra ésa no es apropiada; pero yo no lo dije para juzgarla, padre Grigory... Sólo quise hablar espiritualmente...; eso podía aclararle a usted la identidad de la persona por quien yo pedía que rogase. En las notas necrológicas siempre es costumbre poner adjetivos, como el niño John, el guerrero Yegor, el criminal Pavel, y así sucesivamente... Yo quise hacer lo mismo.

—¡Usted está loco, Andrey! Dios le perdonará, pero tenga cuidado para otra vez. Sobre todo, no sutilice, y piense con menos profundidad. Haga diez reverencias y váyase.

—Obedezco—dijo Andrey, más aliviado, y tratando de que su cara mostrase la habitual expresión de importancia y dignidad—. ¿Diez reverencias? Muy bien. Comprendido. Pero ahora, padre, deje que le pida un favor..., teniendo en cuenta que, de todos modos, soy el padre de ella... y que ella, como usted sabe... era mi hija... Yo..., perdóneme..., quisiera que usted cantase el réquiem hoy. ¡Hágame ese favor, padre!

—Está bien—dijo el padre Grigory, quitándose las vestiduras—. Está bien. Váyase. Enseguida estaremos allí.

◆

Andrey Andreyitch se alejó del altar con dignidad, y con una expresión solemne en la cara roja, fué a ocupar su asiento en el centro de la iglesia.

El sacristán Matvey se colocó tras él y, poco después, el servicio de réquiem comenzó.

Había en la iglesia una calma perfecta. Nada se oía, fuera del clic metálico del incensario y el canto lentísimo... Cerca de Andrey estaban el sacristán Matvey, la comadre Makaryevna y su hija inválida, Mitka. Nadie más... El sacristán cantaba en un bajo desagradable y falso, pero el tono y las palabras eran tan plañideros, que Andrey, poco a poco, fué perdiendo su expresión de dignidad y se puso muy triste...

Pensó en su Mashutka... Recordó que ella había nacido cuando él todavía era lacayo al servicio del propietario de Verhny Zaprudy.

Ocupado por sus menesteres de lacayo, no pudo darse cuenta de cómo había crecido la muchacha. Ese largo período durante el cual la niña se convirtió en una graciosa criatura, de ojos soñadores y grandes como "kopeks", se le pasó inadvertido.

La educaron como a todas las hijas de los lacayos favoritos, rodeada de comodidades, en compañía de las señoritas. Aprendió a leer, a escribir, a bailar. Andrey jamás le tendió una mano. Sólo de tiempo en tiempo la encontraba por casualidad en la puerta o en el jardín, y recordaba entonces que esa muchacha era su hija, y que bien podía, en sus ratos de ocio, enseñarle las oraciones y los Libros Sagrados.

¡Oh!... ¡Ya en ese tiempo, gozaba él de reputación como una autoridad en materia de ritos y de Sagradas Escrituras! La muchacha le escuchaba, cortés, y repetía las plegarias bostezando de aburrimiento; pero cuando su padre, vacilante, empezaba a contarle las sagradas leyendas, era toda atención. La comida de Esaú, el castigo de Sodoma y las penurias de José, la ponían pálida y le hacían abrir desmesuradamente sus grandes ojos azules. Después, cuando él dejó de ser un lacayo y con el dinero ahorrado abrió una tienda en el pueblo, Mashutka se fué a Moscú con la familia de su patrón.

Tres años antes de su muerte vino para ver al padre. Andrey apenas la reconoció. Era una graciosa jovencita con modales de dama. Hablaba con desenvoltura, como si leyese; fumaba y dormía hasta muy tarde. Cuando Andrey le preguntó qué había estado haciendo en la capital, ella anunció, mirándolo a la cara: "Soy actriz." Semejante franqueza impresionó al antiguo lacayo como el colmo del cinismo.

Mashutka empezó a jactarse de sus éxitos y de su vida escénica; pero al ver que su padre se ponía ceñudo y se retorció las manos, calló. Y estuvieron juntos una noche entera sin hablarse, mirándose, hasta que, cuando amaneció, la muchacha se fué. Antes le pidió a su padre que la llevara a paseo a la orilla del río. Por penoso que fuera para Andrey pasear a la luz del día, a la vista de las gentes honestas y acompañado de una hija que era actriz, no se negó a esa solicitud.

—¡Qué lindo es este sitio donde vives!—dijo ella con entusiasmo—. ¡Qué barrancos! ¡Qué hermosa es mi tierra nativa!...

Y se puso a llorar.

"Apenas se puede vivir", pensó Andrey, mirando los barrancos sin comprender el entusiasmo de su hija.

Y ella lloró y lloró, respirando afanosamente, con todo el pecho, como si ya pensara en la proximidad del día en que no pudiese hacerlo más...

◆

Andrey Andreyitch movió la cabeza como un caballo que tasca el freno, y los penosos recuerdos comenzaron a desdibujarse rápidamente...

—Sé piadoso, ¡oh Señor—murmuró—, con tu sierva que ha partido, la ramera Marya, y perdona sus pecados!...

La mala palabra brotó una vez más de sus labios, pero él no se dió cuenta: lo que estaba firmemente asentado en su conciencia no podía ser desarraigado por las exhortaciones del padre Grigory.

—Allí donde no hay enfermedad, ni pesadumbre, ni deseos...—zumbó el sacristán, cubriéndose la mejilla derecha con la mano.

Una humareda azul se elevó del incensario, iluminando con una rara claridad la iglesia inanimada y solitaria.

Y pareció como si el alma de la mujer muerta estuviese flotando en la claridad junto al humo. Las espirales, como rizos de criatura, se arremolinaban, subían hasta la ventana, más alto aún, como si quisieran llevarse lejos los dolores y las tribulaciones de que estaba llena aquella pobre alma.

# FUENTES DE MADRID

"Adiós, Madrid, adiós su Prado y fuentes  
que manan néctar, llueven ambrosía..."

Pongamos que Cervantes, grande amador de Madrid, se excedió al calificar el licor que manaba de las fuentes de Madrid en aquella época en que no había llegado el riquísimo venero de las cumbres del Guadarrama, donde se habían refrescado el Arcipreste y el Marqués: el de Hita y el de Santillana, se entiende.

Pero una de las galas de Madrid en todo tiempo han sido sus fuentes urbanas. El ingenio de nuestros escultores y de nuestros urbanistas llegó durante los siglos XVII y XVIII—el calumniado setecientos—a cimas que sólo están superadas en Viena, o en la Roma del Bernini, o en la Florencia del Palladio. Y que no están igualadas en otras ciudades, tan "fieras" de su belleza urbana como París, donde, sin embargo, las fuentes han llegado a tener una personalidad tan grande y un respeto tan firme, que se consideraría un pecado gravísimo atentar contra ellas.

Hubo una época en que las fuentes de Madrid estaban insertadas en la vida de la villa. Hubo otra en que se las fué retirando, como trastos viejos, a los corrales o, cuando más, a los parques,



como si la civilización y el progreso fueran a considerarse manchados al contacto con la "Mari-blanca", por ejemplo.

Esperemos que un nuevo viento propicio nos las devuelvan a su misión urbana, y vuelva a haber una fuente en la Red de San Luis, en el eje de la calle de la Montera, en vez de ese abominable, pesado, inservible y hasta trágico tenderete que ha levantado allí la Compañía del Metro.

Todas las fotografías que figuran en esta plana son de fuentes de Madrid. Alguna de ellas está tan oculta (¡y es tan bella!), que esperamos que nuestros lectores nos consulten sobre su emplazamiento.

Otras han sido echadas hacia los derrumbes de las afueras. Las de más suerte están en el Retiro. Y queda la gloriosa trimurti madrileña, con la cual no hay quien pueda, porque se levantarían las piedras de la calle: la de la diosa Cibeles, la del dios Apolo y la del dios Neptuno: la Tierra, el Agua y el Sol. Sin esas fuentes en su arteria aorta, Madrid moriría de esterilidad, de sed y de ceguera.

Sería difícil, entre estas tres gracias de Madrid, elegir la triunfante. Suele llevarse las aficiones la de Apolo, creación arquitectónica perfecta, sin rival en Europa, digna de por sí de las atenciones que la municipalidad la prodiga, cada día más. Nos atreveríamos a pedir que, vuelto el Salón del Prado a su naturaleza de "Salón", tuviera la fuente maravillosa su perspectiva y su marco y se viera libre de la odiosa vecindad de las palmeras.

Al ilustre Javier de R. Winthuyssen dirigimos, con la mayor esperanza, este ruego.





Doña Carolina Díez de Jervás



# Gran Mundo

FOTOS GOYA  
ESPECIALES PARA "CIUDAD"



Señorita Feli Bretón

## EN EL PROXIMO NUMERO El miércoles, 6 de febrero

Con EL FIGURANTE, del gran humorista inglés W. W. Jacobs, traducido expresamente para CIUDAD, comenzamos la publicación de una novela corta, que daremos en cada número de fin de mes, escrita por los mejores autores nacionales y extranjeros.

LA SEMANA, por Víctor de La Serna.

LLEVA MI SOMBRA Y VETE, poema de Julio Sigüenza.

ARTE Y VIDA, un artículo de Manuel Abril.

PRIMERA GLOSA DEL MAR GALLEGU, por Eduardo Blanco-Amor.

EL MONTAÑISMO Y LA MODA, por Madeleine Millet.

EL KALEVALA Y ANGEL GANIVET.

LISBOA, CIUDAD MEZCLADA, por J. Díaz Fernández.

CHARLAS MONUMENTALES, por el Dr. Fernández Cuesta.

EL OJO VIAJERO, por Ramón Muñiz Lavalle.

CUENTOS - NOTAS - CRONICAS, TRADUCCIONES - POEMAS, NOTICIAS.

DIBUJOS de Tejada, Vázquez Díaz, Arteché, Santonja y Billiken.



PORTADA DE NUESTRO PROXIMO NUMERO

20 CENTIMOS

Lope de Vega en el Club Teatral "Anfístora"

### Una magnífica fiesta de arte

De nuestro programa implícito, es una insobornable resistencia al ditirambo. A este sistema español del ditirambo, que llama "ilustres" a las ilustres fregonas de los escenarios alicados, sin alma, sin inteligencia, sin fervor; que nombra "genial" al menor escriba metido a dramaturgo y "eminente" al último tinterillo o zurcidor de aporósitos. Hay que desinflar de vanidades este mongolfiero de papel del teatro madrileño—madrileño, que no ha conseguido ser español por carencia de talento y de visión y sobra de falsa suficiencia—, para hacer después algo eficaz en el espacio que ocupa este fantasma de humo.

Nos interesa el experimento de "Anfístora", tanto por lo que en sí aparece de auténtico espectáculo de arte como por lo que encierra de ejemplaridad patente y magnífica, de esperanza y de aliento. Una versión escénica de la gran creación de Lope de Vega, "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", es siempre una faena de compromiso, ardua, difícil, costosa. Y alcanzar este grado de justeza, de sobriedad, de inteligencia cabal de la obra, de su ambiente, del valor aislado e intrínseco de cada porción del drama, subrayando su valor poético y el vuelo de cada estrofa y aun de cada verso, con el exacto valor lírico que les corresponde es, francamente, algo que no nos atrevíamos a esperar, aun esperándolo, logrado con tan rara perfección y con tan experto y natural equilibrio como lo consiguieron los animosos muchachos del Club teatral "Anfístora" la memorable noche del viernes en su velada del Carrión.

¿No es demasiada palabra esta de memorable? ¡Cómo ha de serlo! Prescindamos ya de la comparación, que, lejos de ser odiosa, es fecunda, cuando sirve de adecuado punto de referencia. Nada de aquello tiene que ver con las cochambres, las vaciedades y los criminales desganos del "teatro de época", de los "dramas de capa y espada" de nuestros tremendos y habituales escenarios. Lo de memorable, viene a que en esa velada se nos descubrió lo que podría ser un teatro de arte español orientado, dirigido, vigilado por gentes enteradas y fervorosas, que, partiendo de un respeto previo y de un conocimiento serio de la obra de nuestros clásicos, fuesen a la creación de un nuevo gesto y de una nueva técnica reivindicatoria, de un nuevo sentido escénico, capaz de interesar otra vez la emoción y la dilección populares. Para ello tendría que partirse de una premisa indispensable: prescindir en absoluto de cuanto fuese profesional, creando, segregando de sí, su propio sentido profesional.

Esta lección fué la que nos dieron los elementos de "Anfístora" en su magnífica versión de Lope. Porque aquel no era teatro "de aficionado", en lo que éste tiene de tartamudeo y ridiculez; ni teatro profesional, con lo que esta palabra arrastra de turbidez, de amaneramiento y de incultura, sino teatro como debe ser el teatro, cuando es algo más que mostrador, vanidad y rutina.

Hace tiempo que la sordidez de la crítica

profesional debió haber reparado con unción y respeto en la obra callada, eficaz e ilustre—ahora sí está bien lo de "ilustre"—de Pura Maortua de Ucelay. Su cultura, su perseverancia, su abnegación, han hecho posible este prodigio, que nunca le será lo suficientemente agradecido por quienes, de veras, amamos el teatro. Urge sacar a esta mujer del alvéolo de su modestia y rendirle el homenaje que se le debe y proporcionarle los medios para el desarrollo de su labor. De su labor, que abarca desde la fatiga de las primeras lecturas hasta el azacaneo incansable por tierras de Castilla, buscando los trajes que han de vestir sus obras con verdad y con belleza.

Nuestro aplauso sin regateos a todos. A los intérpretes: a la señorita Bascarán, que nos dió una Casilda de justa ternura y de firme sentido dramático, a través de una voz de amplio y noble registro y del gesto cabalmente asimilado; a S. Mejuto en el Peribáñez, varonil, sobrio y emotivo; a Xavier del Arco, en quien hemos saludado, en el papel de Comendador, a un intérprete de primer rango; a Germana Heygel, tan delicada y femenina como siempre y, en fin, a Ernesto Pérez Güerra, que dijo su parte con pleno sentido de la materia poética... A Calero, Fuentes, Enrique Mejuto... A todas y a todos nuestro aplauso. Puede decirse con certeza que no hubo "segundas partes", porque todas alcanzaron la alta principalía que alcanzan los papeles hechos a conciencia, cualquiera que sea su lugar en el reparto.

Fontanals, de quien siempre habría que hablar aparte, ideó un escenario que le permitió plastificar las numerosas escenas de la obra, sin caer en el peligro de las mutaciones lentas. Efectos de gran belleza, contando con la armonización de trajes, luces y decorado—es decir, mediante la visión escenográfica integral—de los que destacamos el cuadro de los campesinos y el final de la obra, de una majestad y de una grandeza imponentes, obtenidos con los elementos más sencillos. Muy bellas las transcripciones musicales de Bal y Gay, y muy oportunas las cuartillas con que Federico García Lorca inauguró el espectáculo. E. B. A.

Todos los días en el teatro de la ZARZUELA la gran opereta super-revista SIETE COLORES

200 modelos de alta costura con el sorprendente ESCENARIO GIRATORIO, único en España



# P A S E O S DE M A D R I D



*Los claros caminos de nuestra ciudad, desnudos en estos crudos días invernales del vestido caliente de los árboles, tienen una sutil transparencia, una clara diafanidad, traspasada del frío tónico y seco de la meseta.*

*El extranjero que cae al azar en el cordial hospedaje madrileño, procedente de las más diversas rutas mundiales, se asombra primero, como es su obligación de turista consciente, del color azul de un cielo castellano intenso y constante para el mejor resalte de la parda y vieja corteza de tierra que nos sostiene.*

*Madrid al sol, a este fino sol de enero que no hace más que dar una alegre luz en el suelo y encender con su calor el eléctrico azul de nuestro techo, es un señuelo de maravilla para todos esos poderosos burgos nórdicos, húmedos de niebla y ateridos en su penumbra triste y sucia.*

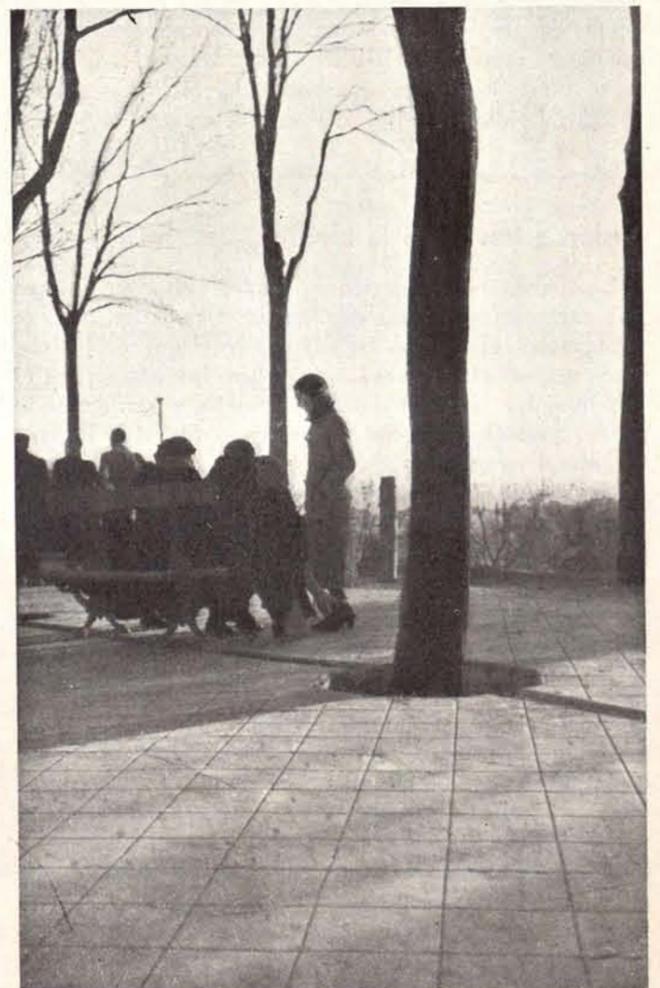
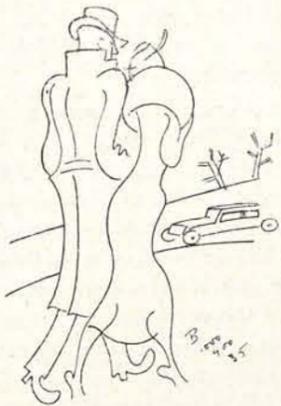
*Parece que no puede brillar un pensamiento noble ni centellear un rayo genial bajo un cráneo que no palpite en un medio así, como el nuestro, de claras purezas exteriores. En ellas, dentro de la transparencia inefable y casi constante de nuestro clima extremado, se afila el sentimiento, se agudiza la sensibilidad y hasta parece que todas las potencias nobilísimas del pensamiento se apuran en el logro de alguna nueva y sublime dimensión.*

*Por eso ahora las ilustres y populares veredas de Madrid, los amplios caminos del Buen Retiro, con su ancha calzada abierta a todos los rigores invernales y a la tenue caricia del sol; el Salón del Prado, que esconde su invernal desnudez vegetal detrás del vergonzante colorido de unas palmeras anacrónicas y escuálidas; Recoletos; la Castellana, esa admirable avenida que es uno de los paseos más bellos de Europa; Rosales, la Moncloa, miradores ciudadanos de nuestra próxima orografía serrana: todos estos motivos de pequeño turismo ciudadano tienen, además de un sentido material de conveniencia higiénica, otro significado más hondo de íntima pedagogía para los espíritus de cultivadas y nobles perspectivas.*



G . G . E .

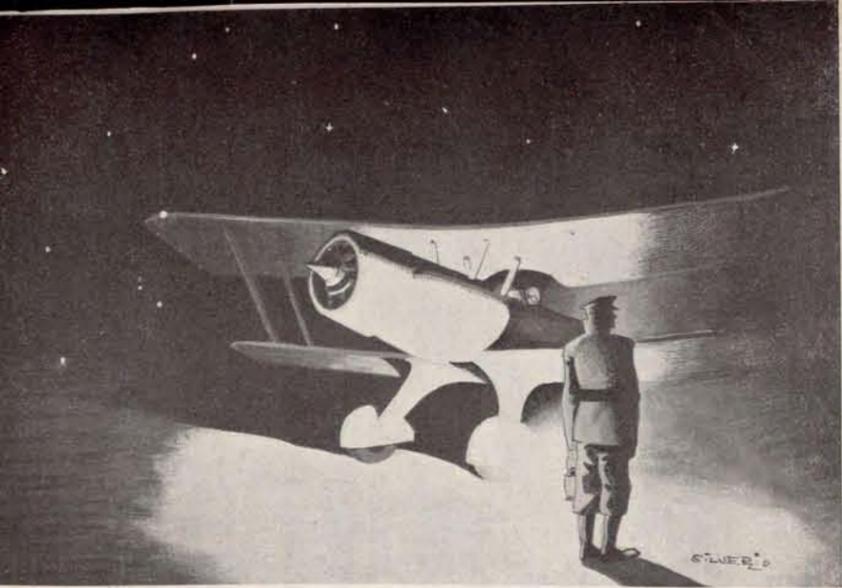
FOTOS DE ANGEL ARACIL



# LA RADIOGONIOMETRÍA

## Experiencias de un vuelo nocturno

DIBUJO DEL TENIENTE  
PILOTO, SILVERIO



Habla el capitán Jorge de Calix, destacado elemento entre los aviadores de la Gran Guerra:

“Se ha escrito bastante—dice—sobre el vuelo a ciegas, pero siempre desde un punto de vista demasiado técnico, y, por eso mismo, falto de la sensación de realidad, que es lo que interesa al público en general, y este es principalmente mi objeto: dar la impresión más exacta posible de ella.

He de manifestar, ante todo, que los millares de horas de vuelo que tengo cumplidas, y mi vocación especial, han hecho que ya para mí sea todo mecánico, si se quiere, pues lo hago tan automáticamente, que no siento ninguna sensación especial. Me encuentro más cómodo volando que en tierra; por esto tengo que hacer un esfuerzo para situarme en el lugar de las personas que no tienen experiencia de aviación, y que carecen, por tanto, del sentido del aire.

Todavía no son las cuatro de la mañana, y va nos encontramos en el famoso aeródromo de Croydon. He sido invitado especialmente a probar una de las máquinas más perfectas de su género, en vuelo a ciegas. Se trata de un Pierce Arrow, con motor de 450 caballos, del tipo todo metálico. Es un sexquiplano de airoas líneas. Yo estaba perfectamente impuesto de su funcionamiento, y me encontraba impaciente por sentarme en su cabina.

Aún no había sido iluminado el campo, y estaba en el Casino de Oficiales, departiendo amigablemente con algunos distinguidos militares. De cuando en cuando se oía el roncar del motor de la poderosa máquina, que se encontraba en manos de los mecánicos que habían de prepararla para las pruebas que debían decidir sobre la adopción del sistema de vuelo a ciegas.

—All ready, captain—me dijo el suboficial.

Ante el aviso me dirigí inmediatamente hacia los hangares, a través de un subterráneo que conduce directamente al cobertizo en que estaba el aparato. Pocos instantes más, y estaba junto al soberbio avión, cuyo blindaje fuselado, completamente aerodinámico, le daba la apariencia de un proyectil de gigantescas dimensiones.

Subo al aparato; me acompaña el teniente primero Delbilt, entusiasta también de las innovaciones en el vuelo.

Dos mecánicos se aprestan a hacer arrancar el motor, para lo que accionan el volante centrífugo del compresor. Durante algunos segundos oímos el agudo silbido de sirena del pesado mecanismo, que gira a varios miles de revoluciones por minuto... Los manómetros acusan ya la presión justa; dos o tres aspiraciones, y el motor está en marcha. Los 450 caballos, distribuidos en 9 cilindros, ex-

teriorizan su formidable potencia por el ancho cromado de los tubos de escape.

Nos encerramos en la cabina; tan hermético es el cierre, que se amortigua casi el ruido de las explosiones, que apenas llegan como un zumbido continuo.

Inmediatamente se ilumina todo alrededor, como pudiese verlo por las amplias ventanillas, cubiertas de enrejado metálico y mica. Croydon ha encendido sus poderosos reflectores, que alumbran el campo en toda su extensión, de tal manera que la luz, rasante con el suelo, permite ver nitidamente los más pequeños desniveles.

Avanzo el acelerador, y a una seña mía son retirados los calzos; dos hombres comienzan a correr junto al aparato, reteniéndole por las puntas de sus alas para orientarle de acuerdo con la dirección del viento.

El motor responde admirablemente al acelerador, y a pocos segundos más tarde, el suelo se convierte para nos-

otros en una superficie brillante y rojiza, bajo el efecto de la velocidad con que vemos el campo iluminado. El control de altura nos muestra que ganamos rápidamente en el pique...; las luces se apagan, y sólo se ve a intervalos el arco iluminado del faro intermitente que sirve de guía a los aviones en la noche.

Hemos salido del área luminosa, y ahora no vemos absolutamente nada a nuestros lados, ni debajo del tren de aterrizaje; estamos rodeados por una densa niebla.

Para describir lo que se siente en estas condiciones recomendaré que se haga la experiencia de caminar unos pasos con los ojos cerrados, y se notará cómo, después de haber dado 10 ó 12 pasos solamente, ya se siente la necesidad imperiosa de abrirlos. Y eso que se sabe de antemano que no hay ningún peligro. Si se hace el experimento en la calle, a los pocos pasos se empezará a pensar en los múltiples obstáculos que le rodean, y se tendrá que abrir los ojos para tranquilizarse.

Hay, pues, que imaginar lo que se sentirá en vuelo sin ver absolutamente nada, con la agravante de la certidumbre que se tiene de que, en estas circunstancias, cualquier accidente es fatal.

El piloto, en tal situación, debe dedicarse por completo a la observación de los controles, cuya pequeña aguja brillante sobre el fondo negro de los cuadrantes es todo de lo que dispone para guiarse.

Hay que tenerles una fe absoluta a estos controles, porque la desconfianza es bastante para perder en este caso al aviador. Una vacilación, un segundo de pérdida de atención, es suficiente para que falte todo dominio, y, si no se recupera inmediatamente—cosa poco fácil dado que es preciso atender a varios controles al mismo tiempo—, el peligro es inminente.

Sólo a ratos notábamos la obscuridad un poco menos densa bajo nuestro aparato: era que pasábamos sobre una ciudad. También lo observábamos en el empujado de la mica, que se hacía sucio, debido a las partículas de carbón que estaban suspendidas en el aire...

Ha llegado el momento de volver. De acuerdo con el plan trazado para las pruebas, debemos regresar al punto de partida, guiados únicamente por los instrumentos radiogoniométricos, únicos, por otra parte, que nos permiten hacer tal maniobra en las condiciones de invisibilidad en que nos encontramos.

Calculamos cuando nos encontramos sobre el campo. Giramos en redondo en busca de la mejor orientación para el viento, a la vez que iniciamos el descenso...; 200, 120, 40 pies... ¿No nos estrellaremos contra alguna de las torres de las fábricas vecinas? Sigo observando atentamente las agujas de los controles, que en todos los cuadrantes se vienen acercando al cero, como atraídas por un imán invisible... Hemos tocado tierra. Ya estamos. El patín de cola va dando saltos sobre la tersa superficie del campo. Pero el peligro todavía no ha terminado. ¿No chocaremos al final del recorrido? ¿Habremos aterrizado en el centro del terreno? Pocos segundos más, y se encienden los proyectores, que de exproceso estuvieron apagados para darnos lugar a realizar la experiencia.

Hemos llegado perfectamente. Los hombres de la guardia corren a lo largo del avión, mientras lo dirigen hacia el cobertizo. Descendemos. Todo ha resultado a las mil maravillas, pero mientras tanto no puedo por menos de pensar en los momentos desagradables que se pasan en la incertidumbre de no poder ver alrededor.

Con todo pasó el tiempo, y hoy lo hago sin sentir la menor impresión.”

Estas son las impresiones del capitán Jorge de Calix.

GRAN QUINCENA  
BLANCA

Solamente hasta  
mañana jueves, 31

FUE NCARRAL 14

Deuterio

## Visión a través de la niebla

Un barco norteamericano, el “Manhattan”, lleva una cámara fotográfica que, automáticamente, obtiene fotografías, utilizando los rayos infrarrojos, de los objetos que en el seno de la niebla son invisibles para el ojo humano. El instrumento, que ha sido inventado por el contraalmirante norteamericano Flavel Williams, registra en una cinta especialmente preparada para la obtención de fotografías con rayos infrarrojos, los objetos situados en la dirección de la proa, y, a la vez, revela y fija las negativas en treinta segundos; sin más que apretar un botón se ilumina la negativa, y el piloto puede ver la que ha tomado a los treinta segundos de la apertura del objetivo. De este modo, la cámara, “mirando” adelante en el seno de la niebla, efectúa un registro visual, con intervalos de treinta y dos segundos, de la marcha del barco dentro de la niebla, y en ese registro aparecen barcos, rocas o la línea de la costa, objetos que el piloto no puede ver con su vista natural. Cuando hay solamente una neblina o vaho, el alcance de la cámara es prácticamente ilimitado; en cambio, los rayos infrarrojos no pueden penetrar en los objetos sólidos ni en el agua y, por consiguiente, la eficacia del aparato queda disminuída en nieblas húmedas.

Tampoco puede emplearse por la noche, si bien se espera que los experimentos actualmente en curso han de eliminar esa desventaja en breve plazo.

## El garaje más alto del mundo

París, que en la Exposición de 1878 impresionó al mundo con su torre Eiffel, prepara para 1937 otra gran Exposición, en la que no faltarán realizaciones sensacionales. Una de las que han sido estudiadas, y que probablemente será ejecutada, es debida al ingeniero Freyssenet, famoso constructor del puente colgante de Plougastel.

La maravilla en proyecto consiste en una torre monumental de 680 metros de altura,

La torre en cuestión tendrá una altura dos veces y media la de la típica torre metálica parisiense, y presentará en su parte exterior una espiral para ascender los “autos”.

La torre será construída de hormigón armado, y su costo se calcula en unos 50 millones de francos.

El desarrollo de la espiral exterior tendrá unos cuatro kilómetros y medio, su pendiente se calcula en un 10 por 100. El ancho del camino espiral será de seis metros, existiendo un camino para la subida y otro para la bajada.

El camino espiral subirá hasta una primera gran plataforma, que estará a un nivel sobre el suelo de 450 metros. A partir de esta plataforma se encontrará un dispositivo especial que permitirá remolcar los coches hasta una segunda plataforma más alta. Encima se instalará un garaje capaz para 400 coches, y un hotel para acomodar 2.000 huéspedes. En la base de la torre, que tendrá un diámetro de 145 metros, se encontrará otro garaje.

La parte superior de la torre, que tendrá un diámetro de 40 metros, estará destinada a observatorio meteorológico. También se encontrará en la cúspide un sanatorio para curas de sol, y de aire puro, limpio de polvo y de humo.

Rematará el conjunto un faro monumental, visible desde el Canal de la Mancha, y que tendrá utilidad, tanto para los buques como para los aviones.

Esta torre constituirá una de las principales atracciones de la proyectada Exposición de 1937.

RADIO WARNER  
PLAZOS - CONTADO  
APARATOS DESDE 100 PESETAS  
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno

EL Prince's, de Londres, de noche. Alrededor de la sala, en la semiobscuridad de un amplio velario azul, pequeñas mesas en que cenan alegremente algunos ingleses de frac y algunas inglesas rubias, escandalosamente escotadas. Un escenario, al fondo, sobre el cual se proyecta un foco de luz azul. Alfombra de caucho en el medio de la sala. Sentados ante una de las mesas, dos jóvenes elegantes: el mayor, Max, casi de cuarenta años, rubio, distinguido, robusto, precozmente envejecido, algo calvo; el menor, Bob, veinticinco años, nervioso, moreno, perfil seco de medalla romana, en el que chispea el cristal de un monóculo. Visten ambos irrepresiblemente el frac. El "sommelier", de delantal negro, a la francesa, les entrega la lista de los vinos, y espera

Max (al "sommelier").—Vodka con el caviar.

El "sommelier".—Yes.

Max.—Con el salmón, un Chablis liviano. (A Bob). ¿Te parece bien?

Bob.—Yo bebo poco.

Max (a Bob).—Te prevengo, desde luego, que lo mejor de la comida son las "girls". (Al "sommelier", entregándole la lista.) Después, Mumm, cordon-bleu.

El "sommelier".—Yes, sir.

Max.—Pero, en fin, Bob, ¿cuándo llegaste?

Bob.—Anteanoche.

Max.—¿Y por qué no me buscaste enseguida?

Bob.—Tuve que ir a la Embajada. Perdí un baúl. Un infierno.

Max.—¿Y todavía hay gente a quien le gusta viajar! ¿Y qué impresión te ha hecho Londres?

Bob.—Excelente. Lo malo es la niebla.

Max.—Un "yellow-fog" sin importancia. A mí me encanta la niebla.

Bob.—Reverdece los parques.

Max.—Y no se ven los ingleses. (El "waiter" comienza a servirlos.) ¿Piensas demorararte?

Bob.—El tiempo indispensable para aburrirme.

Max.—¿Pasaste por París? ¿Cómo está París?

Bob.—Fúnebre. Muchos alemanes. Muchos rusos.

Max.—Y también algunas francesas. Eso es lo interesante.

Bob.—Una vieja ciudad. Nôtre-Dame, Mistinguett, las Catacumbas, Cécile Sorel...

Max.—Pues, hijo, yo voy a París para rejuvenecerme. Londres sería horrible si París no estuviese tan cerca. Tengo la impresión de que no hay mujeres sino del otro lado de la Mancha. ¿Y nuestra Lisboa? ¿Qué me dices de Lisboa?

Bob.—Pues, se vive.

Max.—¿Mis padres...?

Bob.—Tu mamá, bien. Tu padre, un poco fatigado. Se queja de que tú no le escribes.

Max.—Le mando telegramas. Ya no sé escribir. ¿Y mi hermana?

Bob.—¿Mary? Encantadora.

Max.—¿Sigue el "bridge"?

Bob.—Los jueves.

Max.—Perfecto Paillerón. La sociedad en que la gente se aburre. ¿Y tú, sigues siendo el compañero indispensable?

Bob.—Siempre.

Max (a Bob, cuando el "sommelier" va a servirlos).—¿Vodka, o prefieres kirvass?

Bob.—Detesto todo lo ruso.

Max.—¿Bah, burgués impenitente! Mira que la Sociedad de las Naciones no piensa de esa manera.

Bob.—Ha instalado la Cuarta Internacional a orillas del lago Lemán.

Max.—Barthou siempre tuvo ciertas inclinaciones por el caviar. Me parece que tiene razón. Mejor que un buen caviar, sólo un excelente baile ruso. ¿Viste a Karsávina en París?

Bob.—Vi a Litvinoff. Debe bailar admirablemente en Ginebra.

Max.—Al regresar, cuando pases otra vez por París, ve a "Les cloches de Moscou", calle del Coliseo, cerca de los Campos Elíseos. Es el restaurante en que acostumbran a cenar las bailarinas rusas de la Opera. ¿Qué mujeres, Max, qué mujeres!

Bob.—Las mujeres. no me preocupan.

Max.—¿De veras, Bob?

Bob.—Me preocupa una mujer.

Max.—Pues yo, mi amigo, soy de opinión que una sola mujer es demasiado para un hombre.

Bob.—Cuando una nos gusta verdaderamente, las otras están de más.

Max.—¿Estás convencido de eso?

Bob.—Tan convencido, que debo hacerte una confidencia muy seria.

Max.—Pues a mí, viejo, sólo me gustan todas las mujeres. Y, aun así, sólo Dios sabe todas las locuras que he hecho en la vida.

Bob.—¿Que ten gustan todas las mujeres, dices?

Max.—¡Claro! Porque no me gusta sino la mujer.

Bob.—Es o... de sentimiento.

Max.—Es el único, mi amigo. Lo que nosotros amamos es el amor. Esta o aquella mujer, poco importa. El amor es cualquiera de ellas, con tal que sea bella y nosotros la veamos. (Se apagan las luces de la sala; el foco azul del escenario se vuelve más intenso; se oyen las primeras notas de "jazz".) Vas a ver a las "girls" del Prince's. Dicen que son las mejores de Londres.

Bob.—La orquesta es detestable.

Max.—Los ingleses deliran por el saxófono. Pero ¿qué confidencias ibas a hacerme?

Bob.—Conversaremos en otro momento. Es una cosa seria.

Max.—¿Más sería todavía que las "girls"?

Bob.—Dejémoslo para el champaña.

Max.—El champaña es el vino de las confidencias. (Sale al escenario, y después a la sala la bandada rubia y color de rosa de las "girls".) Aquí las tienes. Una maravilla, ¿no es cierto?

Bob.—Sí. Todas son iguales.

Max.—Eso es lo que tienen de verdaderamente admirable. Si las trataras, no distinguirías a una de las otras. Ninguna de ellas es una mujer determinada, y todas son la mujer, en lo que ella tiene de más bello, de más sugerente, de más diabólicamente perturbador. ¿Qué me importa que una se llame Fanny, y otra Bêt, y otra Madge? Es la misma mujer reflejada en una galería de espejos, el mismo instrumento de placer, universal y eterno, que delirantemente deseamos, y que es, por todo concepto, igual a sí mismo. (Siguiendo, volup-



ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO,  
GRAN ARTISTA ESPAÑOL RADICADO EN LA ARGENTINA

## Variaciones sobre el amo

por

JULIO DANTAS

U N A F I R M A P O R T U G U E S A

tuosamente, las evoluciones automáticas de las "girls".) Fíjate, mi viejo Bob. Míralas una por una. Si las deseas a todas, como yo, has de convenir conmigo en que el amor es un sentimiento absolutamente personal.

Bob (dejando caer el monóculo, desdeñoso).—No me interesan.

Max.—¿Que no te interesan?

Bob.—Detesto la belleza "standardizada". No se puede amar a una mujer si no se la considera diferente de todas las demás.

Max.—¿Y tú crees "que existe una mujer diferente de las demás"?

Bob.—Tengo la seguridad.

Max.—¿Acaso estás enamorado, mi viejo Bob?

Bob.—Y de una sola mujer; al revés de lo que te sucede a ti.

Max.—Siempre comenzamos por una. Por la que tenemos más al alcance de la mano.

Bob.—Nunca amaré a otra que no sea ella.

Max.—Es una ilusión vulgar, cuando tenemos treinta años. (Las "girls" bailan alrededor de las mesas.) Ponte el monóculo y mira. Todas las "girls" son la misma "girl".

Bob.—Pero no todas las mujeres son la misma mujer. Hablemos en serio, Max. Me voy a casar.

Max. (Al "sommelier", que se acerca).—Destape el champaña.

Bob. (Cuando el champaña crepita en las copas).—Quiero que bebas a mi salud.

Max.—Buena falta te hace. Tú estás enfermo, Bob. Seguramente, estás neurasténico.

Bob.—¿Por qué? ¿Porque pienso casarme?

Max.—Vete a un sanatorio, haz una cura de reposo, lee "Legende Dorée des Bêtes", y dentro de un mes estarás curado.

Bob.—No. Me voy a Liverpool a tratar un negocio con la casa Harrison, paso después por París, y de aquí a un mes estoy en Lisboa, y de aquí a dos meses estoy casado. Es algo mucho más eficaz que leer la "Legende Dorée des Bêtes".

Max.—Pero mucho menos instructivo. (Levantando la copa.) ¡A tu salud, Bob!

Bob.—¡Gracias!

Max.—Pero esa fatalidad, ¿es realmente irremediable? ¿Estás resuelto a precipitarte en el abismo?

Bob.—No me compadezcas. Es un abismo eucantador.

Max.—El amor no puede ser un caso especial. La música no es sólo una sonata. El amor no es sólo una mujer. Una mujer representa, a lo sumo, ocho días de magnífica locura. Y esos ocho días, Bob, los vas a pagar con la eternidad del tête-à-tête, con el intolerable aburrimiento de una existencia entera. No hay ninguna mujer capaz de encontrar en sí el vértigo del amor, el ansia de infinito que se desborda del corazón del hombre. ¡Todas, todas, todas, y no alcanzan, mi pobre Bob! ¡Todas, sin que sepamos cómo se llaman, ni quiénes son, ni si sufren, ni si lloran, ni en qué piensan, ni cuál será su destino; todas, como chispas desprendidas de la misma hoguera inmortal; todas y ninguna, porque la más bella mujer del mundo, al cabo de ocho días, no vale más que la espuma de este champaña, ni el humo de este cigarro. Las mujeres, todas las mujeres—¿quién lo duda?—son la más pura expresión de la civinidad; pero una sola mujer, aferrada eternamente a la vida de un hombre, es el más aburrido, el más tenebroso, el más horrible de todos los animales del universo. Por lo menos, desahógate, hombre. Abreme tu corazón, cuéntame tu infortunio. ¿Con quién te vas a casar, desdichado?

Bob.—Con tu hermana Mary.

(De "La Nación", de Buenos Aires)



## El buen cinema nacional no es buen negocio

El candente asunto del cinema nacional, traído y llevado ahora más que nunca con enorme ruido y discusión, tiene matices propicios al comentario —al amargo comentario— por donde quiera que se le mire.

Hemos llegado a conclusiones bien tristes. Es posible que en España se tarde mucho en construir buen cinema. Ajeno ahora a toda preocupación económica inmediata, el problema tiene un lejano vicio de origen. No hay público suficiente con sentido de los valores puros del séptimo arte para sostener con su asiduidad la realización de films elevados y dignos. Las minorías de las principales urbes españolas, atentas al latido cordial del cinema, no significan nada, o casi nada, para los productores en ciernes ante la enorme masa de público nacional que se nutre gustosa y ávidamente con películas mediocres o malas simplemente.

Se trata, pues, de un caso elemental de educación. Pero de un caso tan complejo y erizado de dificultades, que linda ya con un extremo de franco desaliento.

Este pesimismo honrado y leal que nos domina, ingrato de sostener y de hacer público, se afianza ahora con datos precisos y desconsoladores, proporcionados por figuras conocidas en la órbita comercial del cine. Hemos oído cosas peregrinas a este propósito. Y no se olvide que tratamos únicamente del lado puro y estético del cinema, y no del material y económico, próspero, al parecer, como nunca y en vías aún de mejores éxitos.

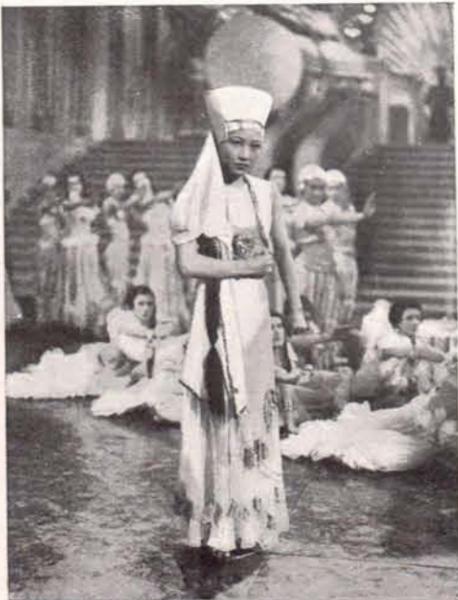
En todo el ámbito geográfico de España, las películas nacionales de peor catadura artística tienen un éxito incalculable de público. Con un asunto conocido y popularizado por cualquier vehículo de difusión—novela, teatro, zarzuela—y media docena de nombres contumaces en nuestra producción, se crea fácilmente un negocio próspero y boyante, cuyo riesgo económico queda reducido hasta un extremo ridículo. La crítica ponderada, adversa casi siempre, aunque con algo de paternal benevolencia, natural hasta cierto punto, no influye para nada en el negocio que se ventila. Nuestros productores se preocupan, pues, del éxito económico, prescindiendo casi en absoluto del otro matiz estético y universal de la obra emprendida.

A nosotros no nos parece mal este afectuoso y decidido interés para el lado pecuniario. Quisiéramos solamente otro poco de afán íntimo para el empeño artístico que se acomete.

Andan por las pantallas de Europa las distintas versiones idiomáticas hechas de nuestra "Travesía molinera", el único grito del cinema nacional que se ha oído con claridad fuera de España. Y, sin embargo, aquí no fué, ni mucho menos, un film "comercial". Acogido jubilosamente como una promesa cierta ya y admirable de mejores éxitos, cayó poco menos que en el olvido al abandonar el salón de su estreno.

Pero no importa; por ahí bullen semanas y semanas, lleno tras lleno, y de pueblo en pueblo, películas melodramáticas, zarzuelas y novelas fotografiadas, envueltas en la devoción y el aplauso de un público numeroso y respetable, pero des-

ANNA MAY WONG



# Cine

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

conocedor de los valores peculiares y únicos del cinema.

Muchas veces habremos de soportar todavía esa íntima y amarga pregunta, constante en su martilleo ante cualquier espectáculo cinematográfico digno: "¿Cuándo haremos en España algo así?..."



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.

⊙ "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Fedora*.—Una película que carece en absoluto de valores cinematográficos. Es puro teatro fotografiado. Y teatro muy fin de siglo, además, con su adulterio y todo. En gracia al nombre ilustre de Sardou, que presta su drama para este ensayo cinematográfico, y en recuerdo de Sarah Bernhardt, su gloriosa intérprete teatral que fué, salvamos el film de nuestro pronóstico desfavorable y le calificamos con un regular nada más. Ya saben ustedes lo que van a ver: teatro. Todo lo que resta está bien. Interpretación, arquitectura... Discreto y un poco cansado en conjunto. El ojo ávido del tomavistas se aplana y obscurece asfixiado por los límites exteriores de un argumento inútil para sus posibilidades.

○ *Un cierto señor Grant*.—Es un buen film, que ya es bastante. Aún no se acabaron las películas de espionaje, puesto que hay materia virgen todavía en un asunto tan trillado. Aquí se desenvuelve el argumento en una atmósfera ilustre de escenarios naturales bellísimos y con una interpretación irreprochable. La primera escena del film

tiene una marca dinámica tan "americana", que sobrecoge al espectador recién acomodado en su butaca. Jean Murat, el maduro galán francés, lleva su papel con la desenvoltura amable que le caracteriza.

⊙ *Estudio en rojo*.—Otra más "de miedo" y, como casi todas sus predecesoras, mala. A pesar de ello, hay mucha gente incondicional para este género truculento y contumaz. Pobre de escenarios y de sonoridad ingrata, por lo irregular y chillona, no hallamos nada digno de un elogio franco y sincero en esta aventura pseudopoliciaca y cinematográfica.

⊕ *El encanto de una noche*.—Kate von Nagy llena con su figura graciosa y expresiva, todo el largo desarrollo de esta picante aventurilla de vodevil. Ella y Lucien Baroux, el gran cómico francés, de cuyas cualidades se ha usado y abusado en tantas películas, levantan ahora el premioso desenvolvimiento de este asunto, que pudo tener cauce más desenvuelto y vistoso.

○ *La taquimeca se casa*.—Jean Murat, Marie Glory y Armand Bernard, de feliz recuerdo en aquella película que se llamó "La taquimeca", reanudan en este film, y en cierto modo, las aventuras que iniciaron allí. Ya es cosa corriente en los productores de películas la insistencia sobre temas argumentales idénticos o parecidos a otros que dieron buen resultado económico. Ahora el intento ha salido bien, caso que no suele darse con frecuencia, por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. Gracioso el asunto, bien llevado y muy bien interpretado, es grato de ver. Se trata de una de esas películas que podríamos llamar superficiales, en el sentido de que causan un goce externo en el espectador, una satisfacción física a flor de piel, un placer casi material, del que está ausente por completo el caudal de emociones que debe existir en todo ser humano de cierta altura espiritual. Esto es un poco largo de explicar; pero ustedes ya lo comprenden.

○ *El rey de la suerte*.—Buena película para reír, dirigida por un viejo prestigio del cinema francés, Leon Mathot, e interpretada por Georges Milton, el hombre popularizado en este tipo de films. El argumento alegre, desenvuelto casi exclusivamente a base de Milton, y un ágil humor en dosis pródigas, llevan la película a un puerto feliz y sin complicaciones.

## Más películas para la temporada próxima

Seguimos con la enumeración de las obras cinematográficas que serán públicas en un futuro inmediato. A continuación tienen ustedes varios nombres, acaso provisionales todavía, de films ingleses y americanos producidos o distribuidos por Artistas Asociados. Van acompañados de algún detalle interesante, y también de alguna apostilla "precrítica" que se nos ha escapado.

"La llama interior".

Con Mary Pickford, o "la novia de América", como ustedes quieran. La célebre ex ingenua se presenta con esta película después de un dilatado alejamiento de la pantalla.

"El poderoso Barnum".

De la XXth Century, obra que se basa en la historia del empresario de circo más famoso del mundo. Son sus intérpretes principales Wallace Beery y Fredrich March. El primero tiene a su cargo el papel de P. T. Barnum.

"El gato rojo".

Adaptación de una obra teatral europea, de la cual son autores Rudolf Lothar y Hans Adler. Drama de intriga en las altas esferas sociales, a las que logra llegar un hombre audaz y de personalidad magnífica.

"El cardenal Richelieu".

Con George Arliss de protagonista. El ilustre intérprete de *La casa de los Rothschilds* actuará aquí en un ambiente de evocación histórica suntuosísimo.

"Clive en la India".

Producción de D. F. Zanuck que muestra a Ronald Colman en una nueva fase de su carrera. Es la historia de un famoso personaje británico, en cuya vida cabe una sola mujer, y que todo lo sacrifica por amor a su patria.

"Folies Bergère".

Película alegre, musical, de corte francés, como su título sugiere, e interpretada, naturalmente, por Maurice Chevalier.

"Tenía que suceder".

Con Clark Gable y Constance Bennett, actuando en un ambiente moderno y alegre. Encarnan a dos personajes que, impulsados por el amor, entablan una verdadera batalla de ingenio.

Imaginamos que esta película va a tener alguna semejanza con *Sucedió una noche*, el film de reciente e inolvidable recuerdo. Realmente, de *Tenía que suceder* a *Sucedió una noche* no hay más que un paso...

"Cabalgata americana".

La historia de ciento veinte millones de seres humanos y lo que la civilización hizo con ellos entre los años 1914 y 1934. El virus caótico introducido en el cerebro y el corazón del pueblo norteamericano.

Algo nos imaginamos a propósito de este film. Su argumento ha sido tocado ya por manos expertas en diferentes ocasiones.

"La llamada de la selva".

Heroica historia del Klondike, debida a la pluma de Jack London.

"Ingra".

Otra película de la productora que preside Mr. Schenck. Ha sido adaptada de la obra del autor ruso Surgachoff y gira sobre el tema del hombre que hizo saltar la banca de Montecarlo.

"El muchacho de los millones".

Una comedia musical de gran espectáculo a base de Eddie Cantor. Le acompañan en el reparto Ethel Merman, Ann Sothern, Block y Sully, ar-



tistas de radio, y el conjunto de las Goldwyn girls. Las canciones del film se deben a Gus Kahn, y la dirección es de Roy de Ruth.

"Noches de Moscú".

Una producción con la extraordinaria actriz rusa Ana Sten, en compañía, esta vez, de Gary Cooper.

"Vivamos de nuevo".

Versión libre de la *Resurrección*, de Tolstoi, también con Anna Sten. Y con Fredrich March. El director es Rouben Mamoulian.

La famosa obra del apóstol ruso recibe con este nuevo film el tercero o cuarto golpe cinematográfico. Vamos a tener un poco de formalidad, que ya está bien.

"El conde de Montecristo".

Adaptación de la popular novela de Alejandro Dumas, con el actor británico Robert Donat en el papel de Edmundo Dantés. Elisa Landi, William Farnum, Louis Calhern, O. P. Heggie y Sydney Blackner completan el reparto. Según los editores, el film ha costado un millón de dólares.

Será, sin duda, una película comercial de empuje. No en vano ha sido devorado el novelón de Dumas por la muchachada de varias generaciones. De su calidad estética y cinegráfica, que no prejuzgamos, ya tendremos ocasión de ocuparnos.

"El último amor de don Juan".

O *The private life of Don Juan*—lo queremos poner hasta en inglés—, con Douglas Fairbanks, Merle Oberón, Benita Hume, Joan Gardner, Binnie Barnes, Natacha Paley y Athene Seyler. La mar de señoras acompañan al maduro galán, como ven ustedes. La dirección se debe a Alejandro Korda, el gran realizador de *La vida privada de Enrique VIII*.

Y, no sabemos por qué, nos parece que vamos a reír a gritos con este film. O que vamos a llorar, que se dan casos. La indignación puede adoptar en muchos casos estas dos características fisiológicas.

"Dentro de cien años".

Una visión del mundo futuro, tomada de la famosa obra de G. H. Wells. El mismo Alejandro Korda la produce, y la dirección está a cargo de Lewis Middlestone.

"Bosambo".

Versión de una novela de Edgar Wallace. Sus escenas se desarrollan en una vasta región del África, absolutamente virgen hasta que algunos aviadores europeos lograron filmarla. Nina Mac Kinney y Paul Robertson, artistas negros ambos, son sus intérpretes principales.

"Ganarás el pan".

Película de hondo contenido humano, como su título insinúa. Producida por la Viking, ha sido dirigida por King Vidor, el animador excepcional de *El gran desfile*, *La calle*, *Aleluya*...

Karen Morley, Tom Keene y Bárbara Pepper son sus intérpretes principales.

ANN HARDING

